

LAS VOCES DE LÁZARO



Novela colectiva inspirada en
La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y
adversidades

Primera Promoción del Laboratorio Creativo Anroart

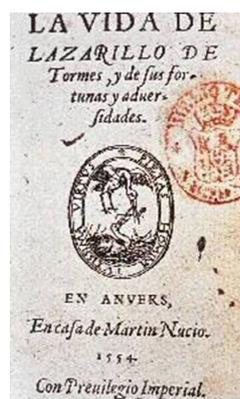
Araceli Cardero Viera, Sara Godoy Santana, Ricardo Pérez García, Cesáreo Perez Navarro,
Juan José Rodríguez Barrera, Lydia Santos, César Socorro Meza, Melu Vallejo.

Coordinación: Alexis Ravelo

La propiedad intelectual de este libro pertenece al [Laboratorio Creativo Anroart](#), integrado en su primera promoción por los siguientes autores: Araceli Cardero Viera, Sara Godoy Santana, Ricardo Pérez García, Cesáreo Perez Navarro, Juan José Rodríguez Barrera, Lydia Santos, César Socorro Meza y Melu Vallejo.

Quedan autorizados su uso y reproducción para fines no comerciales, citando la fuente de procedencia.

Las Palmas de Gran Canaria, octubre de 2011.



PRESENTACIÓN

El Laboratorio Creativo Anroart nació a finales del año 2009 con dos objetivos. El primero, inmediato: proporcionar a sus seguidores herramientas adecuadas para la adquisición de un conocimiento integral que pudiera resultarles de utilidad en su labor creativa. El segundo, ambicioso: descubrir y formar, a largo plazo, nuevos talentos literarios, así como experimentar con nuevas orientaciones estéticas en el campo de la escritura.

Lo que el amable lector tiene ahora ante la vista es solo una pequeña muestra del trabajo realizado por los participantes en la primera edición del Laboratorio Creativo Anroart: la última práctica de composición, consistente en la escritura de una novela colectiva a partir de *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Esta última propuesta práctica venía a ser la conclusión de 18 meses de duras sesiones de trabajo, a lo largo de las cuales exploraron muchos de los innumerables senderos del fascinante -y en último término inaprensible- territorio de la escritura creativa.

¿Por qué *Lazarillo de Tormes*? Porque solo los necios y los ingenuos pretenden poder crear formas nuevas para el relato ignorando la tradición; porque sus peripecias proporcionan un argumento idóneo para la asunción de diferentes caracteres y puntos de vista; porque su estructura permite una deconstrucción que hace plausible el juego temporal; porque adoptar como forma de expresión el castellano del Siglo de Oro, aplicado al habla de los personajes del Lazarillo -con el particular idiolecto de cada uno de ellos-, suponía un último esfuerzo narrativo, un ejercicio de estilo en el cual se mezclan la *praxis* lúdica y la reflexión sobre la propia lengua. Quizá, simplemente, porque el homenaje a este relato germinal de nuestra tradición narrativa planteaba un juego de reglas precisas pero resultados fecundos.

El producto resultante es puro humor, puro juego de espejos deformantes, puro diálogo con el clásico: una novela firmada colectivamente, un crisol de voces en el cual Lázaro y sus andanzas reviven nuevamente a través de las palabras de aquellos que se le cruzaron en el camino. Un camino que los miembros del Laboratorio invitan al lector a rehacer con ellos mediante ese vehículo tan útil como menospreciado en esta era del simulacro: la palabra.

Alexis Ravelo

PRÓLOGO

Animado por el propósito de servir a Vuestra Merced y ejerciendo las facultades que mi cargo en la Diócesis me otorga, he querido comprobar de ser ciertas o inciertas las declaraciones del mentado Lázaro, indagando directamente en las fuentes a las que refiérese aquél.

Así pues, días ha que envié misivas a aquellas personas a quienes en su relato alude, inquirendoles por la veracidad o no de las declaraciones de este pregonero cuyas andanzas tanto os han interesado en los últimos tiempos, a raíz deste dudoso entuerto habido en la parroquia de Sant Salvador, más propio de villanos que de fidalgos, y, por ende, asaz delicado, por haber sido involucrado en el mismo un miembro de la Santa Madre Iglesia, resultando las epístolas que a continuación os presento, para que vos mismo razonéis en este asunto con la rectitud que nos sabemos os guía en todo momento, mas con los datos necesarios para ejercer justicia con rigor ajustado a los hechos.

TRACTADO PRIMERO

No entendemos muy bien el objeto de la misiva de Vuestra Merced, pues Lázaro siempre nos pareció un buen convecino. Le hemos tratado de la mejor manera posible y él jamás nos negó su ayuda en lo que nos es de interés que se sepa. Caso se dio en el que incluso nos apercibió de maledicente, tal cierto buldero que, al parecer Lázaro conocíale bien, aunque nunca nos demostró de qué.

Público es que la vida no le trató muy bien en el pasado, por los relatos que hace de sus andanzas de niñez, hasta tal punto que escuchándole Vuestra Merced pensaría que más que pregonero es alguna de esas figuras que se pasean por los caminos, contando y cantando las hazañas de los nobles y las batallas de ultramar, y que todo hay que decir, nos entretiene y nos divierte.

Lázaro es, al fin, vecino muy querido de todos e idolatrado por los zagales.

Una vez expuestas las intenciones de esta vecindad a Vuestra Merced para con Lázaro, excusamos las mismas como motivo de lo que a continuación vamos a relatar.

Tiempo ha el Arcipreste de Sant Salvador consiguió casarlo con su protegida Dolores, por mal nombre “la Prestá”, la cual tomó liberalmente bajo su protección cuando era aun doncella. Con esto el Señor Arcipreste mató dos gorriones de la misma pedrada. De una parte, consiguió que Lázaro pusiera especial entusiasmo en hacer

conocer los productos del Arcipreste, y, por la otra, intentó, sepa Vuestra Merced que sin conseguirlo, acallar los rumores que corrían acerca de Dolores, pues siempre se la ha visto entrar y salir de la casa del Señor Arcipreste a horas muy extrañas, antes y después de su casamiento. Aún hay quien dice por el vecindario que hasta en tres ocasiones fue parida.

Sepa Vuestra Merced que a Lázaro se le ha advertido de tales comportamientos y que el pobre hombre no encajó de buena manera tales hechos, llegando en alguna ocasión a querer matarse con quien le advirtió sin otra intención que la de abrirle los ojos. Constancia queda de que estos hechos son acusaciones muy graves y es por esto, y aprovechando la oportunidad que nos brinda Vuestra Merced, tenga a bien, para honra nuestra, probar estos hechos, pues si bien es verdad que después del casamiento el Señor Arcipreste ha brindado a los cónyuges una vida de bonanza, creemos que flaco favor ha hecho para con el honor del pobre Lázaro.

TRACTADO SEGUNDO

Pues sepa vuestra merced que el tal Lázaro es un redomado pillastre, habiendo fama de contar sus historias por estos contornos. Historias sobre los diversos amos que Dios (o el Diablo, según él) le dio.

En llegando a mí el mancebo, después de servir a un ciego malvado y ruin -como afirma- lo cual yo pongo en duda por tratarse de un pobre desvalido incapaz de las fechorías que le atribuyese; en llegando a mí, como digo, dispuesto a servirme con toda su buena fe, pronto di en ver sus artimañas.

Muy despierto el zagal, rápido en sus gestos, ducho en toda clase de argucias y todo al servicio de él mismo.

Como digo, el tal pillastre, en teniendo buenos amos, no estaba para servirles a ellos sino a sí mismo; todo encaminado a su propio beneficio.

Acusábame de avaro por no satisfacer su glotonería, y de tirano por atizarle para combatir su pereza, que sólo en su servicio era diligente. Yo, como hombre de bien además de clérigo, obligación tenía de velar por el mozo, fortaleciendo sus virtudes (que alguna tenía) y corrigiendo sus vicios y defectos (que de esos los había en abundancia).

Y sepa vuestra merced que sobrio soy, como conviene a mi estado. Partía con Lázaro mi caldo, y dábale los huesos y restos de carne roídos y preparados para su falta de

dientes. Que en todo esto él no agradecía poco ni mucho, antes bien le escuchaba yo continuo rezongar.

Maestro en el hurto, con tal mocico no daba yo tregua ni descanso, que hasta en el ofertorio de la misa hube de tener puesto un ojo en cada blanca que caía en la concheta.

Pero lo peor, como verá Vuestra Merced, aconteció cuando en mi arcaz, que bien hurtaba yo de sus mendaces manos, hubo ciertos misterios que el pícaro disfrazó como tales.

En abriendo yo el arca para sacar un bodigo, veo que estaban todos roídos. Llamé a Lázaro y el tres veces pícaro maravillose de lo inexplicable, achacándolo a ratones. Yo, por no ser mezquino, además de la ración de pan que le daba, dile una extra, rallando con el cuchillo la parte ratonada. Que siendo el ratón cosa limpia, di en ser generoso con el mozo sin menoscabo de su salud.

Viendo la merma de mi arca y hacienda, quité clavos de las paredes y busqué tablillas con las que clavé y cerré todos los agujeros del arca, con lo cual quedé satisfecho, conviniendo a los ratones mudar propósito. Y así vino a acontecer el misterioso entendimiento entre mi arca y yo. Pues apareció en ella un nuevo agujero, que remedié; y luego otro, que también remedié. Y, cual tejido de Penélope, lo que yo tapaba de día se destapaba de noche. Así que fuime y pedí prestada una ratonera, y con cortezas de queso dejé el arca bien armada. Mas las cortezas desaparecían, dejando burlada la ratonera. Díjome un vecino que recordaba una culebra que solía andar por allí,

que, siendo larga, tiene lugar de tomar el cebo y tornarse a salir.

Tales historias me alteraron mucho; espantábaseme el sueño, y al menor ruido que por la noche sonase, daba con un garrote al arca, a todo lo de la casa y a Lázaro y sus pajas, no fuese la culebra a buscar calor en su cama.

Pero viendo que seguían los hurtos, no hube otra cosa que preocuparme, ya fueran ratones o culebras los que holgábase a mi costa. Hasta que la Providencia dispuso que una noche, oyendo el silbido de la culebra ser venido de la cama de Lázaro, muy tiento para no espantarla, lleguéme hasta él y descargué un gran golpe que la matase. Y en oyendo los gritos del mozo, lo toqué con mis manos encontrando mucha sangre que se le iba. Con mucha priesa fui a buscar lumbre y llegando con ella lo hallé quejando y silbando por una llave que tenía en la boca. La tal llave, vi que en nada se diferenciaba de la mía, por lo que fui a probarla en el arca y así desfice el maleficio, hallando el ratón y culebra que mermaban mi hacienda.

Y entrando en mi casa los vecinos, les conté el hallazgo y rieron todos. Una vieja que ensalmaba curó al mozuelo y, una vez levantado, lo despedí enhorabuena, que no quiero en mi compañía tan diligente servidor.

Y así, espero que Vuestra Merced dese por enterado de lo que de verdad aconteció con Lázaro, servidor de Lázaro y de ningún otro amo.

TRACTADO TERCERO

Sepa que nada me perturba más que molestar a Vuestra Merced. Que muchas son las labores que a diario le apartan de los vanos placeres, y no quiere mi persona ser uno de esos estorbos. Pídole a Dios que lo guarde, pues su señoría miembropreciado es de nuestra Santa Madre Iglesia. Que téngole convenido una buena cena en deuda, no lo olvido.

Escríbole tal como solicitó, y remítrole cuanto de Lázaro de Tormes sé. Que noticias le habrán llegado, habladurías y bulas sobre este siervo de Dios, también sé. Conozca Vuestra Merced que una buena medida destas hanle llegado adulteradas; palabras vanas a las que mejor es no prestar atención. Recuerde Vuestra Merced que las escrituras hablan lengua capaz de provocar incendios; y en esta historia de Lázaro de Tormes, sepa que mi persona es la que ha resultado más chamuscada. Los hijos del Enemigo, ocultos entre el rebaño del Señor, levantaron calumnias de tal índole que incapaz soy de citarlas a Vuestra Merced; pero que de seguro su señoría habrá oído. Son una sarta de mentiras sobre mi persona (un devoto siervo del Altísimo), y mi antigua criada, la ahora esposa de Lázaro, que a ella tildan de barragana, a Lázaro de consentido y a mí de libertino. Conoce su señoría que los siervos de Dios objeto somos de opresión por parte del Maligno, y éste válese de los incautos; un vulgo iletrado que

dejose llevar por sus lenguas impías. Muchas veces son las que se nos difama, y escasas las ocasiones para defendernos; y de tener tal ocasión, esta llega tardía, cuando ya ejecutose juicio por cuantos conocían de lo acaescido.

De público dominio son los sufrimientos y pesares de Lázaro de Tormes, y a su señoría relatáronsele ya sus innumerables calvarios. El Señor, sabio en todos sus caminos, dejole pasar cuantas pruebas estimó necesarias para que finalmente se realizase Su voluntad. Lázaro es hoy un fiel siervo de Dios, un ejemplo en nuestra comunidad.

De cuanto relatome Lázaro de sus amos, permítome omitir las referencia a nuestros hermanos en la fe, por considerar que Lázaro exagera. Su vida de pesares núblale los recuerdos; que un siervo de Dios incapaz sería de tales hazañas.

Contome Lázaro de su amo ciego, que tal hombre cien veces más astuto era que una zorra, y con perdón, y por ende, sabíale sacar partido de su mal. Que carecía de corazón; y de haberlo tenido sería tan oscuro como un hábito. En mi opinión, si su señoría me lo permite, Lázaro no actuó inicualemente, tan solo sirviose de los andares de la vida. Es sabido por su merced que quienes deambulan por los caminos, o póstranse junto a las puertas de las iglesias demandando caridad, poseen una sabiduría salomónica. No yerro al decir que una buena medida de su laborar se lo debe a su amo ciego. Lázaro es tan astuto en los negocios, que puede distinguir a un timador a una legua de distancia. Esta sobrada razón es por la que nadie debería negar la

inocencia de mi persona. Si fuese culpable de algún mal sobre Lázaro o su esposa, el mismo hubiésemes desvelado.

Contome sus andanzas con su amo el escudero y las mil penurias que junto a él pasó. Cómo el acero de la espada del hidalgo escudero, su templanza y sus nobles vestimentas engañáronle. Y no moriose de hambre junto a tal amo, más a éste proveyó el mismo Lázaro de alimento.

Sepa vuestra su señoría, que Lázaro a buen arrimo está. Que a mi vera vive. Y que cada mañana mi persona escucha el redoble de su tambor, cuando de camino a la plaza de mercado va.

TRACTADO CUARTO

En respuesta a vuestra carta os diré que la historia del alguacil, Juan de la Casa, que ha llegado a vuestros oídos por la perniciosa boca de este nuestro Lázaro no es como la cuenta. Agora os la cuento tal como pasó:

Vos sabéis cómo maquino vender mis bulas, hago molestias al pueblo y artificios. Vos sabéis cómo soy y no os engaño. No sé por qué Lázaro quiere dejarme mal con lo bien que me he portado con él. Le he dejado dormir con mis caballos, le he dado de comer de mi comida y alguna moneda ha alcanzado. De desagradecidos lleno anda el infierno como de fieles los templos. Pero sigamos con la historia. En Sagra no me habían tomado bula ni intención de tomarla y discurrí convidar al pueblo y esa noche comenzó todo. Debía de tener malas pulgas Juan de la Casa o estar bebido. Me puse a jugar con él y reñimos y nos dijimos malas palabras. Se armó tal trifulca que la gente del pueblo llenó la posada. No tolero que me llame falsario y que diga que mis bulas son falsas. Créame, Vuestra Merced, que así fue la cosa. El día de la despedida de la bula en la iglesia, en pleno sermón, entró tal cual Cid Campeador injuriándome, diciendo que las bulas eran falsas que estaba en compinche con él y que no se prestaba a tal artimaña. Se armó un gran revuelo entre los allí presentes. Hinqueme de rodillas, alcé implorante mis ojos al cielo, extendí mis manos cual *ecce homo* y rogué a Dios que si todo era falso

le plugiera derrumbar el púlpito donde yo me hallaba, y si yo dijera verdad, aquel sería castigado. Sin terminar aún de hablar -os juro, Vuestra Merced, que así pasó-, Juan de la Casa cayó al suelo con espumajos en la boca, revolviéndose en el suelo como si el Diablo lo poseyera. La gente allí en la iglesia se revolucionó y me pidieron que lo socorriera. Yo, como buen cristiano, le perdoné y fueron hechas las amistades. Así fue la historia y así la cuento. No como dice Lázaro que estábamos compinchados para atraer bulas. Vos me conocéis y sabéis que no miento. Desde entonces no tengo artimañas que hacer: do quiera que voy la vienen a tomar y agora echo tantas mil bulas sin predicar sermón.

Enterádome he que este pillo anduvo por ahí con un fraile de poco fiar al que le gustaban las mujerillas. Como veis, se codea con gente dudosa y de líos. No tiene palabra.

Espero que mi carta satisfaga su curiosidad y creáis la historia por mí contada.

TRACTADO QUINTO

Recebí al joven Lázaro porque unas primas mías que lo tenían recogido en casa no podían, por razón de la decencia, seguir manteniéndolo con ellas. De buen grado, pues me era menester una ayuda, porque soy el encargado de juntar los donativos para la Orden y se me hace rudo el trabajo. Como Vuesa Merced debe saber, nuestra orden se sacrifica por Dios en liberar cautivos que están presos en Argel. En este oficio, tengo algunos negocios que nos proporcionan buenas monedas para esta mayúscula obra y el muchacho me servía bien para acarrear algunos aperos que mi dignidad no me permitía. He sido acusado injustamente de no tener el necesario recogimiento. Que siempre andaba trotando las calles y que arrastraba conmigo al pobre rapaz. Pero bien sabe Dios que todo mi oficio es beneficio de la orden y sabe Él también que poco me lo paga, porque hasta el padre prior del convento me recrimina mi mucho trotar y poco orar. Pero yo digo, con nuestro fundador, que a falta de los arrebatos místicos de una Mariana de Jesús, el Señor me ha dotado de estas habilidades mercantiles que me llevan y me traen en favor de los desfavorecidos. En ateniendo al joven Lázaro, estuvo conmigo una semana u ocho días y no más. Como vide que me servía bien y que de pobre ni zapatos tenía, le quise comprar unos, que por su asombro fueron los primeros que sus pies conocieron. Me es sabida la injuria que por ahí

circula sobre mi persona, que todos murmuran que si el joven Lázaro dejó mi compañía fue por el mucho andar a que lo sometía y algún otro motivo que no por más callar menos injurioso resulta. Ríome y lloro al escuchar tales fundamentos, que no seré postulado a la santidad como nuestro padre fundador o mi bien amado san Serapio, pero toda mi voluntad se empeña en satisfacer mis encomiendas en la orden y cierto es que las satisfago no de la forma más piadosa, que de algo me ha de quedar de mi vida pasada, que en nada envidia en los males a la del joven Lázaro, según la cuenta éste en su carta a Vuesa Merced, y a la que sobreviví con no menor malicia. Pero sí he de decir que, aunque me resulta hartos penoso, aún mantengo el voto y que si por dejación de mi amor a Cristo cayera en la tentación, que no me faltan mozas que inspiradas por el demonio se complacen en burlarse de mi y hartos se gozarían en hacerme pecar aun sin despojarme del hábito. Y no tengo pudor de hablar de estas cosas porque, a diferencia de otros que se hacen los santurrones y luego a escondidas pecan, ya no por descuido sino de puro vicio, que parecen creer que Dios no mira a través de la oscuridad, y que si mis oídos perciben ciertos suspiros, qué no percibirán los oídos del Señor. Yo no oculto mis debilidades y las exhibo para que todos vean que las venzo con la ayuda de Dios.

Pienso que sus reticencias a contar por qué se fue de mi servicio debieron a que por no poder alojarlo en otro lugar, lo introducía en el monasterio a escondidas del

hermano portero y que, en efecto, esta añagaza me comprometía ante el abad y los hermanos, que no falta entre ellos los que pecan de maledicencia y envidia. Agradezco al mochacho que se haya preocupado por mí tanto como por su anterior amo del que solo recibí penurias, pues lo poco que lo conocí vi bien que era un alma simple y buena. Si se alejó de mi servicio y calló el motivo fue por no comprometerme ante el abad del monasterio con el cual, debido a cómo entiendo mis negocios, no estoy muy bien avenido.

Esto es todo lo que tengo que decir del joven Lázaro salvo que me alegro que haya encontrado la paz y una buena mujer que le ayude a sobrellevar las duras batallas de la vida, que están los tiempos muy malos para acometerlas solo y sin compañía, y si es de una buena mujer mejor.

Animado del deseo de servir a Vuesa Merced a quien guarde Dios muchos años con salud.

TRACTADO SEXTO

Para que no fenezca en el olvido mi estancia en la insigne ciudad de Toledo, y en agradecimiento al que fue mi criado Lázaro de Tormes, un mozo de no más de nueve años, le refiero cómo fueron los acontecimientos mientras anduvo a mis servicios, esperando que Vuestra Merced quede satisfecho por lo aquí contado:

Como hago referencia, me topé con Lázaro en la mencionada ciudad y corte, cuando pedía malamente caridad por sus caminos, con la cara marcada de cicatrices a poco de curar y la boca escasa de dientes. Por su aspecto podría jurarle que había tenido una vida azarosa y de muy poco desear para un mozo de su edad. Y como cualquier escudero que se precie como tal debe tener un criado, tomele a mi cargo. Invítele a seguirme por la ciudad hasta la Iglesia Mayor para oír la misa, como así hizo con obediencia. Y cuando llegamos a la casa que un servidor de Vuestra Merced había alquilado, a eso de la una del mediodía, el mozo saltaba de alegría. Tal era su emoción por tener cobijo, pues la casa, aunque vieja, era de cámaras razonablemente grandes, que se echó a contarme su vida sin omitir detalle. A lo que deduje, cayendo en mi error, que a pesar de su aspecto ajado y su corta edad, había llevado una existencia tan honrada como la de un santo canonizado.

Lo que no sabía el mozo era, que la mala sombra que me acompañaba por esos días, a mi entender, se debía a aquella lóbrega casa que alquilé al llegar a dicha ciudad, que casas viejas solo traen desgracias como es sabido; pues había venido a Toledo para hacer negocios productivos, y con lo que me topé fue con canónigos y señores de la Iglesia avaros y difíciles de sacar de su cómoda vida. Una suerte adversa que comenzome a acompañar, por lo que ni siquiera tenía un mendrugo para echar a mi honorable boca.

Pero, antes de continuar, he de corregir mi grosero proceder por no citar el nombre de este, vuestro servidor. Respondo al de Ignacio de Villarcayo de Merindad, de Castilla la Vieja, y no es que yo sea un escudero pobre, no lo vaya Vuestra Merced a pensar por lo referido, pues dejé en Castilla la Vieja un solar de casas que valdría más de 200 veces mil maravedíes, y un palomar, que al no estar derribado como está, daría cada año más de doscientos palominos, y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba a mi honra que es una virtud sagrada.

Porque he de decirle, como hombre honorable que considero también Vuestra Merced es, que la verdadera causa de estar en Toledo era mi honra herida, por lo que paso a contarle presto los hechos por la importancia que tienen: tenía un vecino al cual saludaba a diario con la cortesía de un gran caballero, pues como sabrá un señor de vuestro linaje, se debe quitar primero el bonete al paso de un escudero. Pero pasado el tiempo, este vecino tomó la costumbre de nunca iniciar el saludo, por lo que tenía que

originarlo este escudero que le escribe. Cosa que denotaba poco respeto y consideración de mi vecino, porque para un escudero, aunque no sirva a ningún ilustre señor de memento, la mayor posesión que tiene como hombre de bien es su honra, la que lo viste y calza, así que para salvarla de su vergüenza ante el vulgo partí de Castilla La Vieja.

Pues en esta suerte hallábame cuando me topé con mi criado Lázaro. Un niño que aprendía raudo por lo listo que era: a despojarme de mi capa con las manos limpias, sacudirla, y doblarla para colocarla con celo sobre el poyo de la casa; y ya sabe usted que la capa para un escudero es su bien máspreciado. Aprendió presto a hacer mi cama, echándose a dormir a mis pies con recato, y hasta ofreciome comida, lo cual yo agradecía en silencio. Como así fue la primera noche que me sirvió, que aunque yo había almorzado y no cenado, que no era menester porque el hartarse es de puercos y el comer regladamente es de hombre de bien, acepté un poco de pan que el mozo traía guardado en su seno. Y lo probé por no hacerle ofensa y porque parecía buen pan, amasado por manos limpias, no por otra cosa. A cambio, le ofrecí beber agua de mi jarrón, que equivocadamente creyó que era vino, por lo cual rechazó. Una virtud que aprecié mayormente, pues escudero con criado ebrio no es de buen ver, ni aceptable para su condición.

Bien contento que estaba con mi criado Lázaro, es verdad, pues me procuraba comida a diario sin atormentarme con su procedencia. En una ocasión, después

de limpiar vuestro servidor sus calzas, el jubón, el sayo, la espada y la capa, y después de peinarme concienzudamente para oír la misa en la Iglesia Mayor como Dios manda, al llegar a casa, dióme un pedazo de uña de vaca, tripas cocidas y algunas libras de pan que le habían ofrecido tocando las puertas de las casas más grandes que le parecía. Pero, aunque aquella vianda era un manjar de los dioses, al reconocer su origen por primera vez, le encomendé que no supiera aquella buena gente que él vivía conmigo, mismamente por lo que contaba a mi honra que iba en contra de pedir limosnas. Aunque bien creo que estaba de más preocuparme, porque tal situación era un secreto, según lo poco que yo era conocido en esa ciudad de Toledo.

Pero estando una tarde en conversación con Lázaro, entró el hombre al que le alquilé la casa y la vieja a la que también alquilábale la cama, reclamando trece reales por las mismas, que para decir verdad, ni los tenía en mente, ni en los bolsillos bajo mi capa. Así que les pedí tiempo para trocar una pieza de real en dos, una para cada uno, y que se las procuraría a eso de caer la noche, que aceptaron de mala gana y con agravios. Lo cual fuere mi oportunidad ansiada para despedirme de esa desafortunada casa, de mi aciaga sombra, y de la insigne ciudad de Toledo.

Ese fue el último día que traté con Lázaro, mi púber criado, que aunque fue complaciente y servicial con este escudero en tiempos de malas bonanzas, los hechos me empujaron a abandonarlo a su sino, que espero, por la justicia que le merece, haya sido benévolo con él.

Y esto es lo que puedo narrar de ese mozo, tan avisado como un lince, teniendo presente que estuvo a mis servicios escasos días y en momentos desfavorables para mi honra. Aún así, espero que el conocimiento de sus andanzas junto a mi persona pueda servir de utilidad a los deseos de Vuestra Merced.

TRACTADO SÉPTIMO

Sébase que cierto día encontreme con este zagal y quise saber de su vida. Contome que a cargo estaba de un maestro de pintar panderos para molelle los colores y los mil males que también sufrió. Conmoviome su historia, y siendo Capellán de la Iglesia Mayor por su amo le tomé. Y como viere que era responsable, a su cargo di un asno, cuatro cántaros, un azote y la tarea de echar agua por la ciudad. El primer día alcanzó treinta maravedís, y por encargo treinta más debía traerme cada día. Con el tiempo, y viendo lo laborioso que era, le concedí los maravedís del sábado, aunque sabiendo de sus penurias pasadas y de cómo había llegado hasta allí, mucho me temo que más de treinta conseguía cada día, cosa que no me importó pues supuse que derrochador no era, y para su bien lo emplearía. Y no me equivoqué, a los cuatro años de haberle tomado, apareció ante mí con jubón de fustán viejo y sayo raído y capa frisada y espada vetusta para decirme que no quería más seguir con aquel oficio.

TRACTADO OCTAVO

Tuve por criado a este truhán llamado Lázaro, natural de Salamanca y nacido a la vera del Tormes, corredor de pueblos y caminos, criado de muchos amos y por ende venido de todo, solapado y enredón. Pero en sabiendo todo esto, el mochacho era de mi gusto, pues aunque desvergonzado, aún le restaba inocencia.

Acaesciome de enterarme que uno de sus amos fue un vendedor de bulas, falsario, compositor de milagros, dellos cuales hacía fortuna, sin empacho de engaño a la probe gente, a las que ponía propicios do quiera que se encontrara.

Mis afanes y desvelos por desenmascarar a persona tan ruin, no resultaban, aunque esmereme en suplicalle y rogalle, el Lazarillo no soltaba prenda. Ni gritos, ni amenazas de ponele preso, hicieron soltar su lengua, ni siquiera maldiciones a sus defuntos, aunque harto supersticioso era. Por mi ventura, que sentí deseos de apalearlo. Pero aguanteme, e indirectamente seguí con mis pesquisas sotilmente, ansí que lo veía animoso, a lo menos cuando lo parecía.

Un aciago y desventurado día, en entrando en mi aposento sin yo llamale, me enfurecí, pues encontrome en paños menores y mi persona en aquesta desairada situación, pierde mucho de su autoridad y estima. Mirome

perplejo, pues parecióle su amo encanillado y poco recio, cosa que yo mismo miro en el espejo.

Fijose en mis botas desmayadas en el suelo, cual gatos negros enroscados. Mi uniforme tan gallardo en aquesta mi persona, vestía a una pequeña silla, pareciendo vestir a un enano esmirriado y, mi espada avezada en mil lances, colgada de un clavo entre chorizos y morcones, avergonzada de aquesta su situación.

Echele con cajas destempladas, maldiciendo el río donde díjome que lo parió su madre en mala hora.

Perdonele al Lazarillo tamaña desvergüenza y en buena disposición fuime con él a la Taberna del Mirlo Cantor, a echarme unos tragos, con una picada de chorizo y allí encontreme con unos rufianes, que por bebedores no repararon en mi autoridad. Desta manera con el contento del vino fuéronse alterando los ánimos. A lo primero reñían entrellos, después desto sus iras fueron a mi persona. Acabado el pregón de obscenidades, se fueron a las manos y más luego a pedradas y palos. Enfrentelos yo y tratáronme mal, mas el Lazarillo corrió, dejándome a merced de aquesta gentuza, sin empacho de dejame en tan peligrosa situación, maldije de nuevo al servidor más cobarde de los ya tenidos.

Salí descalabrado de semejante trance y, aunque el Lazarillo díjome en cierta ocasión, que tener un amo alguacil parecíale peligroso, aunque era muy de elogiar servir a la justicia con honor, en mí figuraba que pronto iría en busca de otro amo.

Ansina que huelgo decir que renegué de su compañía y, no le puse preso por no encontralle.

Lo que sí hallé, después de unas jornadas, fue una carta, en la que se me decía:

A don Diego de Barbate, Dios guarde a usted muchos años, pero lejos de mi persona, la cual ha encontrado esposa y acomodo:

Habiéndome ido de vos, no por maltrato, pues vuestra templanza y gentileza con que sois sobrado, es bien conocida en Toledo y sus aledaños.

Digo que, mi deshonrosa huida, ha sido por ser hombre de poco empeño, pero como veis soy hombre letrado, ya que enseñome mi antiguo amo, un escudero de mucha dignidad y sapiencia y de honra muy probada, tanta, que dejome en apuro, sin él saberlo,

por no poder hacer provisión parambos Por todo ello, no se le llame cobardía a la prudencia.

Y si conmigo usa pacencia, mi señor, quisiera dale un consejo, para el buen hacer de su gallardía y autoridad. No es mi condición hacer burla de vos, ya que, a pesar del poco tiempo a vuestro servicio os aprecio muy de veras. Pero, mi señor, acostaos vestido.

Lázaro

TRACTADO NOVENO

Sepa Vuestra Merced que ni padre ni madre conocí, y que desde muy mozuela de casa en casa me encontré, hasta dar con alguna que me quisiera bien, y que me tratara mejor que a las bestias. Pues aunque en circunstancias bien distintas, tuve una infancia muy parecida a la de mi esposo Lázaro. Recuerdo las lágrimas que derramaba al contarme las penurias que pasó con un clérigo, y de cómo se las tenía que ingeniar para asaltar el arcaz, cual infante sin espada ni mosquetón, agudizando el ingenio para no pasar peor hambre de la que pasó con un amo ciego que tuvo en las vísperas de este. O de cómo un escudero le tomó y de las veces que él era el que llevaba algo con lo que contentar el alma y de cómo el escudero desapareció como mismo vino. Por ventura siendo una moza crecida el Arcipreste tomome a su cuidado para limpialle, cocinalle y lo que fuere menester en su casa. Esto fue excusa de las malas lenguas para que hicieran lo que mejor saben hacer. Pero mentiría si no dejara claro que desde que a su cargo fui a dar, soy persona, pues como tal me trata y nunca faltome un abrigo cuando hace frío, ni pan sobre la mesa, sea buena o no la cosecha. Y heme aquí que mi amo, el Arcipreste de Sant Salvador, no hizo por menos su nombre y salvome de lo sucedido. Y una vez más, salvó también a Lázaro, hoy mi esposo, más bien por su interés, entiendo, que por el nuestro, pues Lázaro bien pregonaba sus vinos y eso le convenía que al ser mi esposo muy diligente y dispuesto a tal oficio, siendo yo su esposa y

serviente del Señor Arcipreste, más afán pondría en ello. Con el tiempo las malas lenguas envenenaron los pensamientos de mi esposo, hasta el punto de que hablando con mi amo acusome estando yo presente, dando por verdaderos los rumores que sobre mi había escuchado, y ante tal acusación mil juramentos eché sobre mí, maldije sobre quien con él me casó, hasta que finalmente entre llantos y quejándome yo de que mi propio esposo me injuriara de esa forma, mi esposo y mi amo juraron jamás volver a mentar tal desatino. A partir de aquel momento Lázaro se enfrentó a todo aquel que sobre mi decía algo. Yo, por mi parte, seguí sirviendo al Señor Arcipreste como hasta entonces y a mi esposo como Dios manda. Lázaro no volvió a dudar tampoco, creo yo que por la buena fortuna que disfrutaba y las penurias que había pasado.

TRACTADO DÉCIMO

Supé de las andanzas de Lázaro desde que fuera chiquillo y entrara a servir de ojos y guía a un ciego que lo tomó como de ocho años, salido, como quien dice, de las faldas de su madre. Era ésta viuda de uno que proveía un molino de la ribera del Tormes. Contome la historia el mismo ciego, que en paz descansa, que ya era viejo cuando tomó al chiquillo, y que lo hizo por pena de la madre. Era tan tierno el mochacho que tenerlo cerca era más peligroso que provechoso. Tuvo que abrirle prontamente los ojos para que por ellos viera para los suyos y los propios los trabajos y penas que acechan en el mundo cada dos pasos. Como las ganancias en Salamanca no eran del contento del ciego, que se llamaba Luis, de sobrenombre “el Buñuelo”, de allí se partieron, entre lágrimas de la viuda y su hijo pues bien sabían que ya nunca más volverían a verse. Así, según salieron de Salamanca, le dijo el ciego a su nuevo sirviente que arrimara la cabeza a la de un toro de piedra que en la ciudad hay, para que escuchara el gran ruido que hubiera dentro dél. Luego alzó la mano y la afirmó recio por la cabeza del toro. Allí estaba también la de Lázaro, que fue a dar contra la piedra con tal daño que estuvo quejándose dos o tres días del descalabro. Y el Buñuelo, los pasó gozoso de haberle dado tan buena lección. No podría darle ni oro ni

plata, pero aun con la vista perdida, le enseñaría muchos avisos para la vida.

El Buñuelo sabía de coro más de cien oraciones distintas con otros tantos diversos efectos que venían al caso para según qué males. Desta manera se ganaba la vida y también dando consejos de hervir yerbas para mujeres que no parían, otras que se retrasaban o que querían parir hijo o hija, por lo cual le buscaban por todos los pueblos. De algunos le llegaba a veces noticia de que se le reclamaba. Era tanto el pan que ganaba que aunque fueran las sobras las que se alcanzaban a Lázaro, nunca éste tan bien alimentado se viera, me contó el ciego, que hasta dos mochachos hubieran podido mantenerse sobradamente con ellas. Lázaro hubiera aprovechado mejor aprendiendo de su amo y no imaginando industrias para sisarle lo que éste trabajosamente ganaba, como pronto descubrió. Y desta manera se estableció una porfía entre el que no veía y sabía, y el que veía pero al que aún le quedaban muchas cosas por aprender. Y esta lucha vio el ciego que aprovechaba más a Lázaro que el amor de un padre, o de una madre, que suelen tratar a los hijos con demasía de cuidados y lisonjas.

Tuvo el buen ciego que empezar a contar el pan y la longaniza que llevaba en su fardel bien guardado pues notaba que ni con ese cuidado se contenía lo de dentro, que parecía que fuera agua saliendo por entre el trapo y no pan. Descubrió, contando, que Lázaro debía de descoser y coser de nuevo el fardel para sisarle el pan que bien ganaba. Y se dio cuenta así, tan de principio, de lo ligero que aprendía.

Tanto así que el mozo le tiraba del capuz no bien se hubiera ido quien le había encargado una oración, para que el Buñuelo, en contra de su costumbre, no perdiera más tiempo con aquélla y empezara a buscar quién le encargara una nueva. Con estas y otras cosas caía en la cuenta del cuidado que tenía que traerse con Lázaro. Que si el mozo se quejaba de comer poco, fuera por haberle ya sisado mucho. Y si se quejaba de pasar sed, fuera para fingir no estar ya de vino hartado. Porque el mocho pronto se aficionó al vino, de tal manera que al ciego parecía que le volaba como por encantamiento. Mientras más fuertemente asida mantenía la jarra, más presto se esfumaba el vino. Se desesperaba de encontrarla seca cuando iba a ella una y otra vez, sin haberla soltado nunca. Primero descubrió, casi por fortuna, que Lázaro usaba una paja por donde lo sorbía. Usó entonces cubrir la jarra con una mano pero enseguida el vino comenzó a desaparecer igual. Diole a la jarra cientos de vueltas hasta encontrar un pequeño agujero por donde el pillo, que fingía pasar frío para acurrucarse debajo della, entre las piernas del ciego, le bebía el vino. El Buñuelo halló buena ocasión para dejarla caer con todas sus fuerzas sobre el mocho. Lázaro sufrió el escarmiento de perder dos o tres dientes y ciertos recuerdos en la cara que nunca se perderían. Tuvo caridad el ciego para malgastar más vino lavando las heridas de Lázaro y de allí adelante, también más golpes para procurar amansarlo.

En estas, un día recibió el ciego en limosna unas uvas llegando a Toledo y no quiso guardarlas para sí, sino compartirlas a medias con su sirviente. Acordaron en

comerlas de una en una. Considero el Buñuelo una manera de probar a Lázaro, por ver si en él se iban asentando sus enseñanzas. Así, comenzó a tomar las uvas de dos en dos, sin que el mochacho se quejara. Una vez se hubieron acabado las uvas le dijo a Lázaro que bien sabía que él las había comido de tres en tres, pues viéndolo a él comerlas de dos en dos, nada le había reclamado. Maravilleme de la astucia de aquel hombre, que si Dios le había quitado la vista, con entendimiento le había compensado demasiadamente.

El ciego contome otra burla más que hubo de soportar, y fue que mandó a Lázaro a comprar vino. Primero le pidió que ensartara en su asador una longaniza y se la acercara al calor de unas brasas para mantenerla allí mientras el mochacho iba y volvía. Cuando Lázaro volvió, el ciego ya empezaba a hincar el diente a un duro nabo. Y todavía Lázaro se defendía diciendo que otro le habría cambiado la una cosa por la otra. El Buñuelo le abrió la boca y le enterró la nariz para olerle el aliento. El bribón le devolvió lo que acababa de robarle y todavía no había encontrado asiento en el estómago. Tuvo el ciego que contener piadosamente su ira y darle a Lázaro sólo la mitad de los cientos de golpes que hubiera querido. Y así fue cómo coligió que tendría que deshacerse del mochacho, antes que le matara, pues no le encontraba arreglo.

El endemoniado Lázaro pagó todas las enseñanzas un día de lluvia con un ingenio que si lo hubiera tenido para las cosas de bien hubiera llegado a Papa. Así bien su amo le pidió que le llevara por lo más seco, el mozo le dijo que sólo

fuera posible saltando por sobre un arroyo que la lluvia había formado y por el que no había ningún otro paso que no fuera el de saltarlo tomando carrera. El ciego se dejó llevar hasta en frente de un poste que no veía y, cargando sobre las piernas cómo lo hacen los toros con las patas en el ruedo, arrancó con todas sus fuerzas dando una tremenda calabazada contra el poste. Sobrevivió de mala manera, con la ayuda de unos vecinos que vinieron a socorrerle. Hasta dos semanas estuvo con la cabeza hendida. Olvidó dos docenas de oraciones y recuperó, empero, la vista en el ojo siniestro. Con su contento le vino la desgracia, porque se vio que ya no era ciego y las limosnas se vinieron no a la mitad, como bien hubiera de corresponder a un tuerto, sino a mucho menos. Desta manera el ciego, que nunca volvió a ver a Lázaro, me dijo arrimándome la boca al oído como quien cuenta un gran secreto, que no supo si quien le había mandado a Lázaro había sido la Providencia o el mismísimo Demonio.

TRACTADO UNDÉCIMO

Sepa Vuestra Merced que servidora se llama Antona Pérez, natural de Tejares, aldea de Salamanca, y aunque adolezco de la habilidad de escribir, pues mis padres nunca empeñaron deseo en que aprendiera alguna letra, he buscado a un escribiente para que me trace esta carta, pues llegóme a los oídos la voluntad de Vuestra Merced por saber qué ha sido de los andares de mi hijo Lázaro.

Aunque soy su madre, pues lo parí dentro del río Tormes, poco conozco de su vida agora, solo rumores de sus buenas mañas en los que no he podido ahondar. Pero, puestos a andar, yo por bien tengo relatarle los años de su niñez mientras conmigo vivió, y cómo se adentró en la carrera del vivir llegando a buen puerto. Espero que mi historia le sirva a Vuestra Merced para sacar algún fruto della que le complazca.

Todo sucedió desta manera:

Mi difunto marido, que Dios le perdone por sus pecados, atendía al nombre de Tomé González, molinero de la ribera del río Tormes durante quince años, pues proveía la molienda de una aceña situada dentro del mismo río. Mas no estaba en mi dicha que me durara este hombre, porque un mal día le achacaron ciertas sangrías en los costales de los que allí a moler venían. Apresáronle, y el muy necio no lo negó, por lo que padeció persecución de la justicia para ser desterrado de Tejares y de mi persona. Y más fue mi pesar, cuando el muy ingrato se alistó de cemilero en la armada contra los moros y, entrando en batalla, feneció.

Ansí, y desta manera, quedeme sin abrigo y a la buena de Dios con un chicuelo por alimentar. Pero como siempre hay ayuda del cielo para los bienaventurados, dióme ánimo al alma y me fui con Lázaro a la ciudad. Alquilé una casita arrimándome a la buena gente, no muy grande pero útil para mis menesteres, y comencé a guisar para estudiantes y a lavar la ropa de los mozos de las caballerizas del Comendador de la Magdalena. Y fue entonces, en esos andares, cuando conocí a mi segundo hombre, Zaide, un mozo moreno que sanaba las bestias del Comendador. Zaide nos cuidó y alimentó como un ángel bendito caído del mismo paraíso. Proveía a la casa de lo que fuera menester para nuestras parquedades: huevos, pan, carne, y hasta leños para calentarnos en invierno. Así que, agradecida, y dende en adelante, le dejé entrar en mi casa hasta por las mañanas e íbase muy contento.

Aunque he de confesarle a Vuestra Merced, que esta servidora diría que a Lázaro le daba miedo nuestro protector, quizás por su color de nacimiento o por el carácter regio que padecía. Pero con el tiempo, era claro que llegó a quererle bien y a cogerle el gusto, porque veía que con sus idas y venidas mejoraba el comer en nostra casa. Hasta llegó a calentar y a jugar con su hermanico, que le di al poco del mismo color negro que el de su padre. Y que saliome asustadito, he de decir, pues en sus primeros meses, al ver que su padre era oscuro y todos los que conocía tan blancos como la leche, no cesaba de llorar cuando lo cogía en brazos.

Pero como la fortuna vuela a su antojo cuando una menos se lo espera, llegó a oídas del mayordomo del Comendador nuestra buena suerte, y se ensañó en que Zaide hurtaba la mitad de las cebadas que eran para las bestias, las mantas de los caballos que se daban por perdidas, y cuando otra cosa no tenía, desherraba las bestias del Comendador para vender sus herraduras. Mas, quiero que sepa Vuestra Merced antes de seguir, que Zaide era buen hombre, y que acudía a mi casa con todo eso para alimentar y calentar a su hijico que era muy pequeño. Yo no sé por qué tanta culpa, en verdad, si hurtaba a los ricos para ayudar a la gente pobre como nosotros. Aunque agora suspiro con congoja cuando pienso en aquellos hechos, porque se confirmaron las hazañas de Zaide por las palabras de mi hijo Lázaro, quien, como niño que era, bajo amenazas, descubrió cuanto sabía. Y dio detalles y menudencias, hasta sobre las herraduras que por mandato mío vendió a un herrero conocido del pueblo.

¡Qué sañuda es la fortuna, que siempre mal se reparte entre nosotros los pobres! Al triste de mi hombre azotaron y pringaron, y a mí me pusieron pena por justicia a no entrar en la casa ni en las caballerizas del sobredicho Comendador, en que yo daba por buena persona. Por ende, tuve que mudar de trabajo y comencé mis quehaceres en el mesón de La Solana, padeciendo miles de contrariedades. Aunque verdad es, que crié bien a mi hijo pequeño hasta que supo andar, y a Lázaro hasta que supo valerse, que iba con el mejor corazón a los huéspedes con vino, candela, y por lo demás, si yo se lo mandaba.

En ese tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual me pidió con lengua afilada y culta a Lázaro para adiestralle. No parecióme el ciego mal camino para mi Lázaro, por lo que a él lo encomendé, rogándole que mirase por él pues era huérfano de padre. Y dejome tranquila con el concierto, a pesar de mis lágrimas de desconsuelo al despedirnos, pensando que lo trataría bien bajo su manto; pues aquel ciego me dijo que lo recibía no por mozo sino por hijo propio, lo que me conformó.

Y después de ese día, sepa Vuestra Merced, que no alcancé a saber lo que Dios de Lázaro hizo. Dende en adelante, nunca más he vuelto a ver su persona, pero sí ha llegado a mi conocimiento, y eso aquieta mi alma, que agora mi Lázaro ha tomado el oficio de pregonero de vinos y de otras cosas perdidas, y que además, ha tenido buen casar con una criada del señor arcipreste de Sant Salvador, a quien sirve con buen hacer tanto de día como de noche. El arcipreste, que he sabido es servidor y amigo de Vuestra Merced, podría ampliarle los hechos posteriores con más rigor y acierto que esta servidora.

Y para terminar, suplico a Vuestra Merced que perdone mi rudo decir en estas letras, que estos relatos que cuento por bien tengo que calme sus deseos por saber de mi hijo Lázaro, y que lleguen a sus manos presto para lo que sea menester y asunto suyo.

EPÍLOGO

Hasta aquí llegan los datos recabados acerca de este buen Lázaro, natural de Salamanca y vecino de nuestra Real Villa y Corte. A la vista de los mismos, acaso reflexione Vuestra Merced cuán raro animal es el hombre y cuál escurridiza se torna la verdad sobre dél, pues difícil es saber si es como los demás dicen que es o como él mismo dice ser.

Empero, el Altísimo, ubicuo y presciente, ve y juzga todo aquello que a nos se nos hurta a los sentidos y el entendimiento, concediéndonos el consuelo de que la verdad existe, aunque solo de Él sea conocida, para nuestra eterna duda e infinito desconcierto.

Otrosí, quedamos en la esperanza de que este torpe y humilde informe sirva a los ojos de Vuestra Merced, más sabios y doctos que los nuestros, para vislumbrar algo de esa verdad que a nos se nos escapa en este mundo de sombras que parecen realidad.